

SAN ROQUE

TERCIARIO FRANCISCANO

MARIANO ESTEBAN CARO

* * *

LOS FRANCISCANOS EN MONTPELLIER

A pesar de que en 1209 el Papa Inocencio III impulsó una cruzada contra los albigenses, quince años después las ideas heréticas de esta secta seguían vivas en el sur de Francia. Por lo cual la Orden Franciscana en el año 1224 envía a la zona a San Antonio de Padua (1195-1231), que hasta el año 1227 predicó incansablemente en Montpellier, Toulouse, Puy, Burdeos, Arles y Limoges.

San Antonio, además de predicar al pueblo cristiano, fundó en Montpellier un Estudio General para que los franciscanos estudiaran teología y cánones. Había sido autorizado por San Francisco de Asís, quien en una carta recordaba que el estudio no debía apagar el espíritu de oración y devoción. A la sombra de la Universidad de Montpellier también los dominicos habían fundado su Estudio General.

San Antonio de Padua enseñó teología en el Estudio General Franciscano de Montpellier durante los años 1225 a 1227. Era un profundo conocedor del pensamiento teológico de San Agustín, al que dedicó más de diez años de estudio. Supo conjugar la sencillez de la predicación al pueblo con la profundidad y el rigor teológico.

Fue en Montpellier donde le desapareció a San Antonio el libro de los salmos que utilizaba para las clases de teología. Le fue devuelto por un novicio de forma misteriosa. A partir de este hecho se invoca a San Antonio para encontrar los objetos pedidos.

Así pues, los ideales de vida cristiana del franciscanismo más genuino fueron plantados y cultivados en Montpellier durante más de dos años por el gran apóstol y predicador, que fue San Antonio de Padua. Este franciscano universal, fiel intérprete del estilo de vida de San Francisco, es el padre del movimiento franciscano en Montpellier, cuna de San Roque, quien formó parte de la Orden Tercera Franciscana en la comunidad de esta ciudad.

La presencia franciscana, desde entonces, fue constante en Montpellier, consiguiendo edificar su convento en el año 1320.

ORDEN TERCERA FRANCISCANA SEGLAR

San Francisco de Asís es el iniciador de un estilo de vida cristiana, que fue tomando forma en las diversas órdenes franciscanas. En 1210 el Papa Inocencio III aprobaba la orden de los franciscanos. En 1212 fueron fundadas las Clarisas. Con su Carta a Todos los Fieles, San Francisco ponía las bases de la Orden Tercera, para que también los seculares, sin dejar el mundo ni sus familias ni sus tareas propias, pudieran vivir el evangelio en su integridad. Así a la Orden Tercera pertenecieron personas de toda condición y clase social. También los seculares en su vida ordinaria podrían hacer suyos los valores evangélicos más destacados en el espíritu franciscano: la humildad, la fraternidad, el amor a la naturaleza, el trabajo por la paz y muy especialmente la misericordia y a pobreza.

Para San Francisco, el "Poverello" de Asís, la pobreza es la virtud que hace más amigo de Cristo; el ideal de pobreza se resume en una total renuncia a la posesión de bienes y en la mayor limitación de su uso.

El cuidado de los enfermos, como obra de misericordia, fue otro valor vivido intensamente por San Francisco, que comía con los enfermos en su misma escudilla. Todo el que ingresara en la orden franciscana debía estar dispuesto a vivir en las leproserías y a mendigar para sostenerlas. Cuando los frailes se dedicaron más a la predicación y comenzaron a vivir en los conventos, el cuidado de los enfermos y leprosos recayó en los miembros de la Orden Tercera, ya que una de sus obligaciones estatutarias consistía en cuidar y visitar a los enfermos.

Desde finales del siglo XIII la Orden Tercera franciscana sealar adquirió solidez y pujanza. El Papa Nicolás IV, en el año 1289, con la bula *Supra Montem*, dio a la Orden Tercera su aprobación solemne así como su propio estatuto jurídico y espiritual. En el año 1297 el Papa Bonifacio VIII canonizaba a San Luis Rey de Francia, que había sido miembro de la Orden Tercera, distinguiéndose por su amor y dedicación a los enfermos, leprosos y apesados. Él mismo los cuidaba, comiendo frecuentemente con ellos. Este Santo Rey moría en el año 1270 contagiado por la peste. Fue grande el influjo del testimonio de San Luis Rey, sobre todo, en Francia así como el impulso papal que recibió la Orden Tercera franciscana sealar en esta época.

SAN ROQUE TOMA UNA DECISIÓN RADICAL

Cumpliendo los consejos que su padre le dio al morir, Roque comenzó a repartir sus bienes entre los pobres y necesitados hasta quedar en la más absoluta pobreza. Una interpretación del evangelio realista, concreta y literal llevó a nuestro Santo a vivir la experiencia de la pobreza total. Roque hizo el reparto de sus cuantiosos bienes procurando que no se propalara la noticia.

No parece que Roque tomara esta decisión como consecuencia de un voto de pobreza y mendicidad, tan frecuente en el siglo XIII. Pero sí que conecta con un movimiento eclesial de esta época: la ruptura con un régimen económico y social, en el que la misma Iglesia estaba inmersa.

La trascendental decisión de San Roque de quedar en la más absoluta pobreza para ponerse en camino inmediatamente pertenece al más puro estilo franciscano. Es una prueba más de su pertenencia a la Orden Tercera Franciscana Seglar. Una característica definitoria del movimiento iniciado por San Francisco Asís fue la pobreza itinerante para ayudar a los pobres, los apestados y los enfermos de lepra.

Roque, como San Francisco, también se casó con la pobreza. Para ambos el pobre es la imagen misma de Jesús. No esperaron a que el pobre acudiera a ellos en busca de ayuda, sino que salieron a su encuentro, conviviendo con ellos en los albergues, hospitales y leproserías. El "beso al leproso" para San Francisco tiene el mismo significado que el contacto inmediato con el apestado para San Roque: es símbolo del amor al necesitado, al pobre, al enfermo, que son la imagen del Señor. Nuestro Santo, además de curar y limpiar a los leprosos, hacía sobre sus frentes la señal de la cruz. Roque, como San Francisco, se propuso "seguir desnudo a Cristo desnudo". Ambos se hicieron pobres para servir con total libertad a los pobres y enfermos. Roque, siguiendo a San Francisco, también hizo una lectura del evangelio realista y sin glosas. El beso de San Francisco de Asís al leproso hace realidad "la cercanía al enfermo afectado por enfermedades infecciosas: un objetivo al que la comunidad eclesial debe tender siempre" (Benedicto XVI, 24-11-2006).

SAN ROQUE EN LA ORDEN TERCERA FRANCISCANA

En la vida de San Roque de varias formas se hace presente y manifiesto el espíritu franciscano. Existe una secular tradición franciscana que considera a San Roque como miembro de la Orden Tercera Franciscana. Sin entrar en un convento, como seglar, San Roque vivió en el mundo los grandes valores franciscanos. Los historiadores de la Orden Tercera consideran a San Roque como un terciario del siglo XIV, muy querido por el pueblo por ser abogado contra la peste y epidemias. Fue -dicen- un auténtico franciscano piadoso con hombre y animales.

La presencia franciscana en Montpellier venía siendo muy significativa desde el primer tercio del siglo XIII con la presencia tan activa de San Antonio de Padua. Parece que la práctica de visitar los hospitales, como obligación propia de los terciarios, era habitual en San Roque ya antes de partir hacia Roma y encontrarse con los apestados. El hábito y la indumentaria que llevó a lo largo de su peregrinar era muy similar a la de los terciarios. La cercanía, incluso física, con que Roque trató a los enfermos es una característica del más primitivo espíritu franciscano. Que muy especialmente está presente en la radical decisión tomada por San Roque de vivir la "pobreza itinerante" al servicio de los pobres, leprosos y apestados.

En el comentario previo de Acta Sanctorum Augusti III (n. 10) dedicado a San Roque, se recogen varios testimonios, que atestiguan la pertenencia de nuestro Santo a la Orden Tercera franciscana. Así Arthur du Monstier en su

Martyrologium Franciscanum (París 1638) incluye a San Roque entre los miembros de la Orden Tercera franciscana (pg. 272-273). Y cita además otros testimonios como el de Benigno Fremaut, que en su Leyenda General de los santos de la Orden Seráfica dice que Roque, antes de partir para Italia, entró en la Venerable Orden Tercera franciscana. En esto coincide con el P. Luke Wadding en su obra Anales Minorum, al referirse al año 2327 (III, 1327, n. 13).

Pero el más importante testimonio que avala la pertenencia de San Roque a la Orden Tercera Franciscana se contiene en la Bula "Cum a Nobis" del Papa Paulo III (1534-1549), firmada en Roma en 1547. En este documento papal aparece San Roque entre los santos y santas que fueron miembros de esta Orden Franciscana seglar, en cuya fiesta y en los templos a ellos dedicados, el Papa concedía a los fieles diversas gracias e indulgencias (Antonio de Siles, Monumentum Tertii Ordinis, II, pg. 81).

En el año 1875 el P. Ireneo de Orleans, en su obra titulada "Vie Populaire et Edifiante du Glorieux Saint Roch", llega a la conclusión de que San Roque perteneció a la Venerable Orden Tercera, a partir de la presencia determinante del espíritu franciscano en su trayectoria vital.

SAN ROQUE Y LOS APESTADOS

Sobre la peste bubónica la historia de la medicina tiene datos ciertos desde los primeros años del siglo III. Es definida como una enfermedad infecciosa aguda, cuyo germen invade el organismo a través de la piel, las mucosas o las vías respiratorias, produciéndose una tumefacción de los ganglios linfáticos, conocidos también como bubones. El descubrimiento del bacilo de la peste (*Yersinia pestis*) en 1894 facilitó el conocimiento de la misma. La epidemia más grave se produjo a mediados del siglo XIV (la llamada "peste negra"), que causó la muerte de unos veinticinco millones de personas (un tercio de la población de Europa).

San Roque, en su peregrinación hacia Roma en el verano de 1367, se encontró con numerosas poblaciones invadidas por la "peste negra". En todas partes se entregó al cuidado de los enfermos, atendiéndolos y cuidándolos. Especialmente en los hospitales, como el de Acquapendente y el de Piacenza, donde Roque fue contagiado. Sin prisas. Permanecía allí el tiempo que fuera necesario. Sobre la frente de los apestados hacía la señal de la cruz. La caridad, la fe y la oración de Roque de Montpellier hizo que el Señor concediera la curación a innumerables apestados. Incluso en Roma se curó un cardenal, que en 1368 le acompañó a visitar al Papa. Ya de regreso a Montpellier, en Piacenza, el mismo Roque fue contagiado por la peste. Se le produjo un enorme bubón en el repliegue de la ingle, que evolucionó en hemorragias y necrosis purulenta. Curado milagrosamente, Roque quedó desfigurado por las cicatrices. Y desconocido por sus paisanos, murió en la cárcel de Montpellier.

Las frecuentes oleadas de peste hicieron que siguiera vivo el recuerdo de aquel peregrino, que curaba a los apestados haciendo sobre su frente la señal de la cruz. La piedad popular comenzó a encomendarse a San Roque como abogado contra la peste, erigiendo en su honor iglesias y ermitas a la

entrada de las poblaciones. Así desde finales del siglo XIV y durante todo el siglo XV se extendió por Europa la devoción a San Roque.

En 1489 llegó a España, concretamente a Valencia. En 1501 el Papa Alejandro VI enviaba a Granada una reliquia del Santo y en 1563 Felipe II hizo que llegara otra a San Lorenzo de El Escorial. De España pasó al Nuevo Mundo, donde, en 1576, nació Roque González, hijo de españoles, al que en 1988 canonizó el Papa Juan Pablo II.

MARIANO ESTEBAN CARO